Mi experiencia aprendiendo a programar fue un poco ambigua. Al principio sentía mucha curiosidad y emoción, pero también preocupación y un poco de miedo. Las primeras clases me ayudaron a entender la base de esta disciplina, aunque me costaba conectar todo ese conocimiento: comprendía cómo funcionaba cada código por separado, pero no cómo unirlos.

Fue en las prácticas en PC, y especialmente en las tareas, donde todo empezó a tener más sentido. Las tareas me dieron el tiempo y el espacio para practicar muchas veces, con un objetivo claro. Al estar enfocadas en temáticas de mi carrera, Publicidad, me emocionaba ver cómo podía personalizar los códigos y aplicarlos profesionalmente. Eso me ayudó a renovar mi motivación.

Hubo momentos en los que me frustraba por no recordar o no entender del todo, e incluso llegué a dudar de su utilidad en mi carrera. Pero gracias a la práctica constante y al enfoque aplicado de las tareas, logré avanzar y sentirme más segura. Fue un proceso retador, pero también muy enriquecedor.